

EL CASTILLO DE TURÉGANO

*A mi buen amigo don Gaudencio Gómez,
tureganense de pro.*

Con revestir tan notoria importancia todos los castillos segovianos, hasta el punto de haber habido escritores y cronistas que los conceptuaron como los mejores y más impresionantes de España, nosotros hemos sentido siempre predilección por el de Turégano, la villa antiquísima, solar evocador como el que más de pretéritas grandezas, situada en el centro de la provincia, al pie de la magna fortaleza, «asombro de las edades y gloria de su siglo», vivo vestigio del genio hispano, poema en piedra de nuestro romántico esfuerzo medieval.

Nunca olvidaremos la fuerte impresión que nos produjo contemplarlo la primera vez que a visitarlo fuimos. Llevábamos pocos días de estancia en las tierras acogedoras de la paramera, huídos del agosteoño bochorno y del irresistible tráfago madrileño, y aunque la época y el medio convidaban al reposo, sentíamos vivos deseos de recorrer algunos de los más famosos rincones de singular mérito histórico y artístico en que tan rica es aquella provincia, situada al comienzo de la más vieja de las Castillas, allende el gran plegamiento carpetano. No es extraño, pues, que en virtud de ello y de ponderársenos la traza y la situación del Castillo, quisiéramos comprobar la magnificencia guerrera, el emplazamiento prominente y ese algo indefinible que mueve al visitante de Turégano, concedor de sus fastos, a identificarse con su fortaleza, más cautivadora aún que las de Pedraza, Coca, Cuéllar y Castilnovo.

Y fuimos a Turégano, donde, en fuerza de haberlo habitado personajes célebres y ocurrido en su recinto hechos famosos, se siete palpitar el soplo eternal de la raza. Era una mañana estival, límpida y serena, bajo un cielo turquí, la en que partimos de Aguilafuerte, siguiendo la carretera de Boceguillas. A poco de alongarnos por la misma, en determinados trechos de la ruta, que atraviesa siempre verdes pinares, ya vislumbramos la fortaleza, distante sólo diez kilómetros. El esmeraldino panorama, alternando con la tonalidad ocre de las rastrojeras y el gris del barbecho; los pueblecitos que se columbraban en nuestro derredor, con el jalón señero de la torre parroquial: Veganzones, Torreiglesias, Caballar, Cantalejo, Sauquillo..., y la ingente masa del no lejano Guadarrama, al fondo, todo ello constituía un conjunto de gaya policromía, cautivador y atrayente, que por sí solo justificaba la razón del viaje.